



MARAVILLAS DELGADO

## La desigualdad asesina la democracia

ANTÓN  
COSTAS

La desigualdad económica se ha convertido en la enfermedad social de nuestro tiempo. Las diferencias en la distribución de la renta y de la riqueza dentro de nuestros países alcanzan niveles similares a los del periodo de entreguerras del siglo pasado. Estamos viviendo una segunda *gilded age*, una nueva edad dorada en la que la creación de riqueza y desigualdad van de la mano.

Esta enfermedad ha sido documentada de forma abrumadora, contundente y brillante por el joven economista francés Thomas Piketty en su reciente y exitoso libro *El capital en el siglo XXI*, un verdadero *best seller* con más de 200.000 ejemplares vendidos de la edición francesa e inglesa.

Aunque el retorno de la desigualdad es común a todas las economías, la investigación de Piketty permite identificar diferencias significativas entre ellas. Por un lado, los anglosajones, con EE UU a la cabeza. Por otro, los países nórdicos y centroeuropeos en los que la desigualdad ha aumentado, pero de forma más moderada. En tercer lugar, los países del Sur, como España, donde, sin llegar a los niveles de los primeros, es muy superior a los segundos. Todas son economías capitalistas, pero con diferencias tan significativas que permiten hablar de distintos sistemas capitalistas dentro del capitalismo.

Por otro lado, esta nueva *gilded age* no distingue entre sistemas políticos. Lo sorprendente a mi juicio, por lo que ahora diré, es que las democracias occidentales no se salvan de esta enfermedad.

¿Nos debe preocupar la desigualdad? Quizá la señal más reveladora de su gravedad es ver cómo instituciones nada sospechosas de arrebatos antisistema como el FMI, el Banco Mundial, la OCDE, *Financial Times*, *The Economist*, McKinsey, Morgan Stanley, Standard & Poor's o Credit Suisse están alzando su voz para ad-

vertir a los Gobiernos de las consecuencias de la desigualdad. Cuando, por así decirlo, los "intelectuales orgánicos" del capitalismo manifiestan este dramatismo es que algo va mal en el sistema.

En contraste con esta preocupación, la desigualdad no está en las agendas de los Gobiernos. O no les preocupa o por alguna razón temen hablar de ella.

En todo caso, ¿por qué la democracia no frena el crecimiento de la desigualdad?

En principio, la democracia es el sistema político mejor dotado para que los ciudadanos puedan obligar a los Gobiernos a tener en cuenta el interés general. La razón es que en democracia, cada persona tiene un voto. Hay igualdad política. Y como los perjudicados por la desigualdad son mucho más numerosos que los

*Las diferencias en la distribución de la renta están en el nivel del periodo de entreguerras del siglo XX*

que se benefician de ella, se podría pensar que sumarán sus votos para castigar a los Gobiernos cuyas políticas incrementan la desigualdad.

Pero no es así. Al contrario, hay evidencia en estos años de que los Gobiernos no sufren castigo electoral por este motivo. ¿Cómo explicar esta paradoja? Podemos plantear tres hipótesis.

Primera: porque la desigualdad económica produce desigualdad política. La desigualdad de renta y riqueza descapitaliza políticamente a los pobres. Hace que sus votos pierdan influencia. Si medimos la igualdad política en términos de capacidad de acceso al poder, vemos que los políticos son más sensibles a las preferencias de los ricos que a las de los pobres.

Segunda: los pobres, y en particular los excluidos, tienen poca propensión a votar, o no votan. Se autoexcluyen políticamente.

Tercera: las élites consiguen desviar la atención sobre la desigualdad. A lo lar-

go de la historia vemos que cuando la desigualdad se agudiza, el discurso político introduce preocupaciones como el nacionalismo, el miedo a los inmigrantes o cuestiones religiosas de gran carga emocional para los pobres. La política populista sustituye a la política democrática.

Como vemos, la desigualdad asesina la democracia. Debilita la influencia de los votos de los que tienen pocos recursos económicos y reduce la igualdad política.

Llegados a este punto, ¿cómo reducir la desigualdad?

Podríamos pensar que los impulsos acabarían viniendo desde arriba. Las preocupaciones de las instituciones a las que he hecho referencia acabarían surtiendo efecto. Surgiría un egoísmo inteligente, o un sentimiento compasivo de los ricos que favorecerá la reducción de la desigualdad. Es bonito, pero es improbable. Como dijo en los años de la primera *gilded age* el novelista norteamericano Scott Fitzgerald, autor de *Las uvas de la ira*, "los muy ricos son diferentes a usted y a mí".

Una alternativa más plausible es fortalecer la democracia. Pero ¿cómo?

Volvamos la vista atrás. ¿Cómo se logró en los años de posguerra acabar con la *gilded age*? Fortaleciendo la igualdad política. Mecanismos como el sufragio universal, instituciones sociales de control, salarios mínimos, liberalización de mercados *cartelizados*, nuevas oportunidades para los de abajo crearon un nuevo contrato social que dio lugar a tres décadas de relativa igualdad. Los mejores años de nuestras vidas. El miedo a repetir los errores de la Gran Depresión y la II Guerra Mundial actuó como un facilitador de ese *new deal*. La colaboración de conservadores y socialdemócratas le dio soporte político y estabilidad.

¿Puede ahora el miedo a las consecuencias de la desigualdad económica ser un acicate para un nuevo contrato social y político que fortalezca la democracia y reduzca la desigualdad? Esperemos que así sea. ■

Antón Costas es catedrático de Economía en la Universidad de Barcelona.

### EL PUNTERO

#### ● JUEGO DE COMPARACIONES CON LAS PRUEBAS A LA BANCA

Los resultados de las pruebas europeas a la banca son tan amplios y complejos que la tentación de buscar cada uno el ángulo que más le favorece es inevitable. Entre los grandes bancos de la zona euro, el BBVA es uno de los que mejor nota ha sacado y no tenía necesidad de retorcer datos para sacar pecho. Por eso sorprende que la comparación que más destaque de las pruebas sea su mayor "resistencia", pero no entre la situación de partida y el escenario adverso, sino entre el escenario base y el adverso, algo bastante irrelevante. Con ese baremo, un banco que parta del 10% de solvencia, pase al 11% en el escenario base y al 9% en el adverso saldrá peor parado que otro que pase del 10% al 7% en el base y al 6% en el adverso. Un absurdo que demuestra que esa referencia no sirve.



Francisco González.

#### ● LA 'OTRA' BANCA SE ACERCA AL NIVEL PRECRISIS

El espacio que los bancos han ido cediendo al cerrar el grifo del crédito se ha ido llenando en parte con emisiones y en parte con otros actores, como fondos de deuda, compañías de financiación, vehículos de inversión y similares que componen eso que se ha denominado la banca en la sombra. Esta semana, el Consejo de Estabilidad Financiera ha señalado que el volumen de la banca en la sombra creció el año pasado hasta los 75 billones de dólares en los países que examina, lo que supone un 120% de su PIB, muy cerca de los niveles de 2007. Lo más sorprendente es el auge en China. Hay quienes dicen que la banca en la sombra provocará la próxima crisis financiera. No tiene por qué ser así con la adecuada supervisión.



Elvira Rodríguez.

#### ● SUSPENSIONES EN BOLSA QUE CASTIGAN MÁS QUE PROTEGEN

La Comisión Nacional del Mercado de Valores ha levantado esta semana la suspensión de cotización de las acciones de Renta Corporación, que se ha disparado al volver al mercado tras 19 meses fuera del parque. Sin embargo, los accionistas de varias empresas cotizadas siguen atrapados sin poder vender sus acciones desde hace años. El caso más destacado es el de Martinsa Fadesa, que fue suspendida de cotización en julio de 2008 tras presentar el mayor concurso de acreedores de la historia empresarial española. Más de seis años después, cada vez entran más dudas sobre si una medida como la suspensión, pensada supuestamente para proteger a los inversores, no termina siendo más bien un castigo para ellos. ■